

PLIEGO

Vida Nueva
3.473, 19-25
DE SEPTIEMBRE
DE 2026

Los empobrecidos no pasan de moda

GRUPO ERASMO

A la reflexión
de este colectivo de
profesionales cristianos
han contribuido,
por orden alfabético:

Carlos F. Barberá,
teólogo;

María Isabel Bartolomé,
profesora de Historia;

Dolores Cabezudo,
catedrática de Química;

Lala Franco, periodista;

Fidel García Gutiérrez,
formador social;

José Luis Moreno,
abogado;

Pedro Ortega, profesor
de Historia;

Enrique Portus,
ingeniero agrónomo;

y Raquel Salmones,
profesora de Inglés.

El grito de los empobrecidos del mundo nos interpela y no queremos permanecer impasibles. Antes bien, queremos un corazón de carne que nos movilice desde la cercanía y desde el Evangelio para poner nuestras energías personales e institucionales en el combate contra la pobreza y sus causas. Ese es el propósito de esta modesta reflexión que parte de nuestra experiencia. Las palabras potentes del papa León XIV en España han sido un rugido que nos empuja aún más en esa dirección.

A partir de nuestra experiencia

Como grupo cristiano de reflexión, nos planteamos este curso un análisis del tema de la pobreza y de cómo nos toca la realidad de los pobres, de la que no podemos desentendernos. Desde la tradición judía expresada en el Antiguo Testamento hasta Jesús y las primeras comunidades cristianas, los pobres han sido protagonistas. El magisterio de los dos últimos papas ha reforzado esa atención, tomando mucho de la Tradición, pero incorporando también categorías introducidas por la Teología de la liberación.

Para esta reflexión, queríamos partir primero de nuestra propia experiencia: los que integramos este grupo nacimos durante el franquismo, entre los años de la Guerra Civil y el primer desarrollismo, la mayoría en entornos rurales o barrios de las periferias urbanas. De una u otra forma, hemos sentido en carne propia, o hemos visto de cerca, el impacto de la precariedad económica: “La vulnerabilidad de los pobres, la falta de expectativas y de recursos, siempre al albur de circunstancias ajenas, me las transmitió mi abuela con cada cucharada de sopa”; también la pobreza sobrevenida por una enfermedad, y la imposibilidad de mantener una casa: “La pobreza fue por ello algo de lo que huir, el ogro que alimentaba pesadillas...”. Desde esta experiencia, sabemos que la pobreza no puede romantizarse, aparece como una realidad triste, un sumidero del que escapar, un escándalo ante el que no podemos permanecer indiferentes.

Pero del contacto con esta realidad también nace una conciencia de clase, transmitida desde la familia o el barrio: “Pobres con dignidad de serlo, orgullo de clase y espíritu de lucha”. También hemos mamado una conciencia de la importancia de la educación como ascensor social,

y de la solidaridad de clase como vía para cambiar la situación.

Además, el contacto más o menos directo con situaciones de pobreza y exclusión social nos interpela: hay una sensibilidad, una mirada, vinculada a valores religiosos, a una temprana vocación misionera, o a compromisos militantes de nuestros padres: “Descubrí que en mi corazón retumbaba el eco de las personas empobrecidas”; la inmersión en realidades de pobreza real (casas sin agua, sin luz, el hacinamiento...) supone “un aldabonazo que abre los ojos” y lleva a comprometerse en otras situaciones de vulnerabilidad.

A partir de esta experiencia, buscamos una mirada lúcida que introduzca las categorías evangélicas en nuestro análisis de la realidad, para posicionarnos luego y orientar nuestro compromiso y nuestra presencia en el mundo contra la pobreza. Por eso, vamos a preguntarnos, primero, quiénes son los pobres. Segundo, por qué nos preocupan los pobres, y, tercero, qué debemos, qué podemos hacer.

Queremos situarnos en la perspectiva que nos transmite (nos pide) León XIV en su magnífica exhortación apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), en la que recoge muchas ideas de Francisco: cuando llama a la “responsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios para hacer oír, de diferentes maneras, una voz que despierte, que denuncie y que se esponga...” (n. 97); cuando recuerda que “la opción por los pobres exige de nuestra parte una atención puesta en el otro, lo que implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe...” (n. 101). “En esta perspectiva –sigue diciendo el Papa– aparece claramente la necesidad de que ‘todos nos dejemos evangelizar’ por los pobres, y que todos reconozcamos

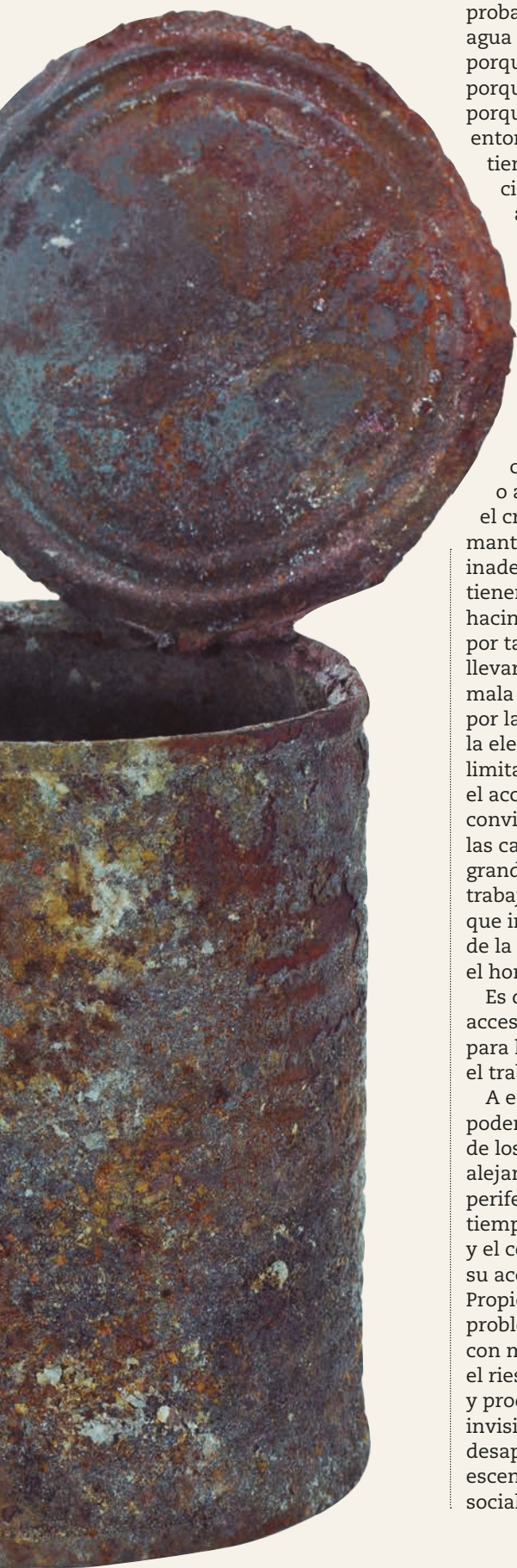
‘la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos’” (n. 102).

QUIÉNES SON LOS POBRES

Pobre es el que no tiene medios materiales para llevar una vida digna.

En los estudios sobre la pobreza se establecen dos umbrales: el umbral de la subsistencia y el umbral de la pobreza. El que vive por debajo del umbral de subsistencia, ve





amenazada su vida en permanencia, porque no tiene para comer, porque probablemente no tiene acceso al agua potable, porque está enfermo, porque sus campos se han arruinado, porque es víctima de la hambruna, porque es víctima de la guerra y su entorno se ha destruido; porque no tiene trabajo y está tan fuera del circuito productivo que ni siquiera alcanza a ver cómo obtener algún recurso para sobrevivir.

El umbral de la pobreza viene a ser un umbral de bienestar, la frontera que permite a los que la cruzan llevar una vida “con decoro”, como se decía antes. Y que hace padecer a quienes no cruzan esa línea una variedad grande de carencias: escasez de alimentos o alimentación deficiente para el crecimiento de los hijos y el mantenimiento propio; viviendas inadecuadas, que con frecuencia tienen que ser compartidas, hacinamiento y falta de intimidad por tanto; escasez energética, que llevará a pasar frío y calor, por la mala calidad de las viviendas y por la falta de dinero para pagar la electricidad o los combustibles; limitaciones educativas, porque el acceso universal a la escuela se convierte en una quimera cuando las carencias en la familia son muy grandes; y, sobre todo, falta de trabajo o trabajo escaso y precario, lo que impide cualquier planificación de la vida y reduce radicalmente el horizonte de mejora social.

Es decir, la pobreza limita el acceso a los bienes esenciales para la vida: el pan, la vivienda, el trabajo y la educación.

A esas carencias esenciales podemos añadirles otras: la lejanía de los “centros”, por ejemplo. El alejamiento de los pobres a las periferias complica su vida, por el tiempo para los desplazamientos y el coste del transporte. Dificulta su acceso a los servicios sociales. Propicia la concentración de problemas en barriadas y pueblos con menos recursos, lo que aumenta el riesgo de conflictividad social y produce otro efecto perverso: invisibilizar el problema, hacer desaparecer a los pobres de la escena pública y de la percepción social, porque “ojos que no ven...”.

El pobre está desvalido. Está desvalido porque sus recursos son insuficientes para afrontar sus necesidades básicas, porque no tiene con qué o no sabe cómo mejorar su propia vida y la de su familia. Está desvalido porque, además, no tiene ayudas para afrontar sus carencias. Ni ayudas sociales ni apoyos familiares o privados.

Hay un desvalimiento muy importante, que es el de la carencia de relaciones, la ausencia de una red que puede ayudar. Cuando a la pobreza de condiciones materiales se une esa pobreza familiar, de amistades, de redes de apoyo de cualquier clase, el pozo se hace más hondo y la posibilidad de salir de él, más difícil.

PONER NOMBRE Y ROSTRO A LA POBREZA

Vivimos rodeados de pobreza, a la que debemos poner nombre y visibilizar. Más allá de la cuantificación de la pobreza, como la que ofrecen los índices de desigualdad o el umbral de pobreza, vemos que la pobreza está cada vez más presente en nuestra sociedad, aunque vestida u ocultada de diversos modos.

La pobreza de los niños, de los que van sin desayunar al colegio y los profesores tienen que hacer una colecta para darles un colacao y unas galletas; la de los hijos de las mujeres solas, de las mujeres migrantes; la de los migrantes que viven hacinados en pisos compartidos; también la de tantos niños faltos de atención, de cariño, de calor familiar, pero que disponen de teléfonos móviles y enormes televisiones desde muy pequeños.

La pobreza de aquellos ancianos que viven en la soledad, en el olvido de los hijos, en el trato no humanitario de los servicios públicos y privados, de los bancos, de las compañías de servicios o del sistema sanitario, que olvida al ser humano vulnerable con el que interactúa.

La pobreza de la vida en las grandes ciudades, con trabajos a turnos, con largas jornadas, mal pagados, con horas pasadas en transportes públicos cada vez más colapsados. La catástrofe de los alquileres imposibles o el temor a la próxima renovación del contrato, a tener que buscar de nuevo una morada incierta.



» La pobreza de muchos jóvenes, de una generación que crece en el desencanto, emparedada entre el apetito del consumo y la dificultad para establecer proyectos de vida que den arraigo a sus existencias.

La pobreza cultural, quizá la que puede tener consecuencias más funestas, y que es urgente visibilizar. Esta pobreza, que impide que las personas se autodeterminen y puedan alcanzar el ejercicio de su libertad, deriva de la sobreexposición a contenidos audiovisuales que dominan nuestras vidas y nos adentran en una telaraña de consumo y dominación en la que permanecemos de forma acrítica y, a veces, hasta entusiasta.

Si hay una situación en la que el hecho de carecer de una red de apoyo se manifiesta con toda su crudeza, es en las cárceles: allí, el pobre lo es aún más porque no puede aportar ayuda a su familia, ni acceder al supermercado, ni contratar un abogado que vele por sus intereses, ni aprovechar las salidas a las que tiene derecho porque no hay casa a donde ir... La cárcel, lejos de igualar en la desgracia de la privación de libertad, acentúa cruelmente las diferencias sociales.

Las limitaciones físicas y psicológicas, las enfermedades mentales, el analfabetismo o la educación deficiente son otras pobreza que acentúan y complican la pobreza básica. Como lo son los “añadidos” que vienen de fuera, que no derivan de los propios pobres, sino de cómo son percibidos socialmente: ser gitano, ser mujer, ser inmigrante, no ser blanco, ser de condición sexual no normativa...

En definitiva, más que pobreza en abstracto, hay pobres en concreto, personas afectadas por la pobreza, que es también multiforme. No es lo mismo ser pobre en Andalucía que en Madrid o en la República Dominicana o en Ucrania. Y no es lo mismo ser mujer pobre en un lugar que en otro, ni en una cultura de dominación sobre la mujer que en otra donde, al menos en teoría, se reconozcan sus derechos, por poner algunos ejemplos. Las carencias básicas se colorean en cada caso por otras opresiones que derivan de la raza, del género, de la situación del país y de la cultura dominante.

VISIÓN DE LA POBREZA HOY

Aunque los rostros de la pobreza tienen características propias en cada país, casi en cada rincón del mundo, vamos a limitar nuestro análisis al mundo que mejor conocemos, el que nos es más cercano, sabiendo que no agotamos ni mucho menos el problema. En este mundo occidental, en esta España del año 2026, detectamos algunas características en relación con la pobreza:

- Hay menos pobres, pero se ha abierto una brecha de desigualdad en una sociedad que funciona a varias velocidades, tanto que nos parece a veces una sociedad dual. Los ricos se han hecho mucho más ricos, y la brecha que los separa de la mayoría de la población, no digamos de los pobres, es abrumadoramente mayor. Es decir, menos pobreza global pero más desigualdad.

- La vida en las ciudades es cada vez más costosa e inhóspita, especialmente para los pobres.

- El ascensor social está muy parado. Eso quiere decir que el medio tradicional de igualación social que era la educación –junto con los impuestos– no está funcionando suficientemente. La percepción de esa imposibilidad de mejora genera frustración y alimenta la desilusión sobre el sistema político. Desde la segunda mitad del siglo XX hasta muy recientemente, aunque las dificultades vitales y la escasez eran grandes, la fe en las posibilidades de ascenso iba a la par, porque las mejoras eran reales de generación en generación: los hijos vivían mejor que los padres y estos mejor que los abuelos. Ahora, muchas familias perciben que sus hijos van a vivir peor que ellos, o que no podrán mejorar con facilidad. Y parte de las generaciones jóvenes no ve con frecuencia un futuro.

- El ocultar o despreciar al pobre está de moda. La aporofobia, que tan bien

ha explicado Adela Cortina, significa que no nos gustan los pobres, que preferimos tacharlos, ocultarlos, negarlos, para que no nos molesten. Y sin mala conciencia que valga.

- Además, en esta era del trumpismo que nos toca soportar, la desigualdad deja de ser un problema. Para los ultras del neoliberalismo, los pobres se merecen su situación porque no han sido capaces de ascender por sus medios (¡qué ironía!). En todo caso, lo que mola, lo que está bien visto, es el ser rico, el manifestar prepotencia, el vanagloriarse de ello. No hay que pedir disculpas por enriquecerse lo más posible, ni por aprovecharse del Estado para el bolsillo propio, ni por apoyar a los amigos y abrirles ese mismo camino. El que no lo haga es que es tonto.

- Hoy también hay una pobreza de sentido que tiñe las demás pobreza y nos debilita. El no tener una comunidad que nos acompañe, el no pertenecer a comunidades de sentido es también una carencia grave, una pobreza que influye y acentúa el resto de las pobreza. Las comunidades de sentido son aquellos grupos humanos a los que pertenecemos y que nos apoyan y nutren, con los que nos comprometemos, a los que ayudamos y nos ayudan, tanto en el orden material como moral. En una sociedad individualista, fragmentada



e incrédula, esas comunidades resultan cada vez más necesarias.

- En esa pobreza de sentido entra también la ausencia de Dios, la carencia de un sentido de trascendencia que nos vincule con los demás como hermanos, con la naturaleza como casa de todos, con Dios como garantía de Amor.

LOS POBRES COMO VÍCTIMAS

Pese a todo el desarrollo económico de los últimos tiempos, no podemos dejar de constatar la lucidez de las palabras de Jesús: “Pobres los tendréis siempre junto a vosotros” (Mt, 26, 11). Una realidad que da lugar a reacciones diferentes y hasta contradictorias.

Por una parte, se dan investigaciones académicas sobre la pobreza y sobre la desigualdad, se hacen planes a medio plazo para acabar con ellas, con el convencimiento de que, por primera vez en la historia, ese objetivo es alcanzable. La Iglesia, sobre todo con sus últimos papas, ha puesto una atención renovada en los pobres.

Durante buena parte de nuestra historia, la situación de pobreza parecía condenar sin remedio a la mayor parte de la humanidad:

las sequías con su consecuencia de hambrunas y epidemias que a veces duraban décadas, las guerras que devastaban territorios enteros, los privilegios de los poderosos, todo contribuía. Las sociedades campesinas, particularmente, se caracterizaban por una fuerte inmovilidad social: quien nacía pobre moría pobre.

Con la Constitución de los Estados Unidos, la Revolución francesa y las revoluciones liberales se abrió la posibilidad de que las personas fueran consideradas como ciudadanos, teóricamente libres e iguales, aunque con muchas exclusiones en la práctica (negros, mujeres, pobres...). Y las oportunidades que ofrecía la Revolución Industrial parecían señalar hacia una sociedad más homogénea. Pero esa idea del progreso constante hacia un mundo mejor ha servido para encubrir a las víctimas que ha ido produciendo, como denunciaba **Walter Benjamin**, pensador de la Escuela de Frankfurt, al diseccionar radicalmente la sociedad capitalista: “No hay documento de cultura que no sea, al tiempo, de barbarie”, lamenta Benjamin. Él mismo poseía un pequeño cuadro de **Paul Klee**, con una figura a la que llamaba el ángel de la historia: “El ángel de

la historia mira hacia el pasado. Donde nosotros vemos una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe que acumula ruina sobre ruina”. El viento del futuro impide al ángel detenerse y reparar los daños del pasado. Las víctimas van cayendo a los lados y el viento del progreso infla las alas del ángel impidiéndole recogerlas.

Los pobres de la historia son también sus víctimas.

LECTURA CREYENTE: LOS POBRES EN LA BIBLIA

El cuidado y la ayuda a los pobres recorre todo el Antiguo Testamento, como recoge la *Dilexi te*: son “numerosas las páginas del Antiguo Testamento en las que Dios es presentado como amigo y liberador de los pobres, Aquel que escucha el grito del pobre e interviene para liberarlo (cf. Sal 34,7)” (n. 17).

El pueblo de Israel rechaza la esclavitud, pues fue rescatado de ella en Egipto, y con sus instituciones del año sabático y el año jubilar recupera a quienes han caído en una mala situación, devuelve su dignidad y su estatus a los empobrecidos. Porque “ayudar al pobre es honrar a Dios” (Prov 19, 17). Se podrían multiplicar los textos de los profetas que ponen en valor esta idea.

Valga como ejemplo este bello texto de Isaías:

“En realidad, el día del ayuno hacéis vuestros negocios y apremiáis a vuestros servidores ¿A eso llamáis ayuno...? Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces brotará tu luz como la aurora, y enseguida se curarán tus heridas. Ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor. Entonces clamarás, y el Señor te responderá, pedirás ayuda, y dirá: ‘Aquí estoy’. Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad será mediodía” (Is 58, 3-10).



» Esa atención a los pobres llega a su culmen con la venida de Jesucristo. Su presencia es una buena noticia para ellos, que son por tanto bienaventurados. Ciertamente, es un anuncio escatológico; de ellos es el reino de los cielos, simplemente porque en esta vida su destino ha sido el sufrimiento, pero ese reino está ya aquí en primicia. Por esta razón, “lo que hacéis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hacéis” (Mt 25, 40). Jesús se ha identificado definitivamente con los pobres.

Ni la vida ni el mensaje de Jesús de Nazaret pueden separarse “de la compasión con la que Dios mira a los enfermos, a los pobres y a los pecadores que, en virtud de su condición, eran marginados por la sociedad”, sigue diciendo el Papa. Y recuerda el significado de la Encarnación, recorre las circunstancias concretas de la vida de Jesús, la humilde condición social de su familia, el rechazo y la exclusión que sufrió ya en su nacimiento, su presentación en la sinagoga como el “que trae la buena noticia a los pobres”, su combate contra la idea establecida que vinculaba la enfermedad y la pobreza a algún pecado personal.

“El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres. Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres” (*Dilexi te*, 17).

“Muchas veces me pregunto por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones” (*Dilexi te*, 18-23).

LA IGLESIA Y LOS POBRES

Los primeros cristianos

A partir de ahí, a pesar de muchas contradicciones, la Iglesia ha mantenido siempre esa atención a los pobres. El ejemplo de las primeras comunidades cristianas, que compartían los bienes y buscaban formas de atender a los más necesitados, siempre ha sido referencia para la Iglesia, así como las exhortaciones de las cartas de Pablo o de la de Santiago: “¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos

o sin el alimento necesario, les dice: ‘Vayan en paz, caliéntense y coman’, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta” (Sant 2, 14-17).

Recordemos la actuación de los cristianos durante las epidemias de peste de los siglos II y III. Cipriano de Cartago nos cuenta cómo las comunidades cristianas se quedaron en las ciudades, atendían a los enfermos, enterraban a los muertos, adoptaban a los huérfanos.

El capítulo 3º de *Dilexi te*, que lleva por título “Una Iglesia para los pobres”, ofrece un amplio recorrido por la historia de la Iglesia, desde las primeras comunidades y los Santos Padres de la antigüedad hasta nuestros días, para espigar en todas las épocas vidas e instituciones cristianas que han destacado en su compromiso con los pobres. Y puede desplegar muchos ejemplos, algunos muy conocidos, como Francisco de Asís o Teresa de Calcuta; otros no tanto, como Juan Bautista Scalabrini, fundador de los Misioneros de San Carlos Borromeo, y Francisca Javier Cabrini –italianos que impulsaron la atención a migrantes en Estados Unidos–, o la hermana Dulce Lopes Pontes, la mujer conocida como “el ángel bueno de Bahía”, fundadora de una de las mayores obras sociales de Brasil.

Pero el Papa prefiere cerrar este capítulo con un reconocimiento a los “movimientos populares”, porque representan una idea de política social que no se hace “para los pobres”, sino con y desde los pobres; y aquí recoge de nuevo la antorcha de Francisco: “Estos líderes populares saben que la solidaridad ‘también es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del imperio del dinero...’” (Francisco, en el Encuentro mundial de Movimientos Populares, 2014).

Hay muchas historias de católicos comprometidos con los más pobres. Pero también hay una historia de la Iglesia identificada con los ricos y poderosos. En cierto modo, el panorama cambió cuando el

cristianismo llegó a ser la religión oficial del Imperio romano: Jesús había dicho que quien mandaba debía ser como el que servía, pero, de hecho, no fue así. Si alguien visita San Vital de Ravena (Italia) y contempla sus mosaicos, reparará en la semejanza de Justiniano con el obispo Maximiliano.

Ahí hay uno entre los muchos alineamientos de la Iglesia con los ricos. Hay que decirlo también: quizás un poco de autocrítica daría más credibilidad a esa memoria histórica que pretende mostrar una Iglesia al servicio del pueblo.

No podemos olvidar que el papado se convirtió en uno de los grandes centros de poder, los obispos llegaron a ser grandes “señores” feudales, los cardenales se convirtieron en “príncipes” del Renacimiento, se construyeron palacios magníficos, forjaron ejércitos, pusieron el arte al servicio de un poderío eclesiástico solo comparable al de los reyes y emperadores. Y esta situación de privilegio perduró durante siglos, la Iglesia acumuló fabulosos patrimonios, propiedades rurales y urbanas, señoríos, templos deslumbrantes de esplendor artístico. Un patrimonio cultural que hoy debe ser también del conjunto de la sociedad, desde los pequeños pueblos a las grandes ciudades, porque se formó a partir de las rentas cobradas por los clérigos, es decir, a costa del trabajo de campesinos y artesanos.



pobreza solo cabe
en quien no la ha
sufrido o lo hace a
tiempo parcial o a término.

Pero los pobres, como

cualquier persona, tienen dignidad, son protagonistas de su propia vida. El que estén necesitados de ayuda no significa que puedan ser suplantados en las decisiones esenciales sobre su historia. Ni que haya que considerarlos incapaces o disminuidos. Son simplemente personas en inferioridad de condiciones, que merecen apoyo, apoyos, para salir del hoyo al que la pobreza les precipita con frecuencia.

Todos conocemos casos de personas empobrecidas que, sin embargo, se han puesto en pie, han luchado y luchan por sus derechos y su bienestar, y defienden su dignidad. Pero ¿qué es lo que activa esos mecanismos? Desde nuestra propia experiencia de pobreza vivida, o de pobreza muy cercana, no es lo mismo ser pobre con conciencia que ser pobre sin ella. La pobreza, cuando la subsistencia está garantizada, puede ser asumida y no cierra el horizonte, si en él se vislumbran posibilidades de mejora, de superación, porque hay ayudas posibles, porque se pertenece a alguna red de amigos, que sostienen y alivian en la dificultad. Para combatir la pobreza desde dentro, hacen falta tres cosas: unos mínimos vitales satisfechos, una motivación o ideal, y unas organizaciones y personas que reconozcan esa capacidad y ayuden a articular la capacidad de lucha.

La Doctrina Social de la Iglesia

Desde el siglo XIX, en encíclicas y documentos, se va configurando la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Se formula y reflexiona sobre la dignidad de toda persona humana, se configura la opción preferencial por los pobres, se define el destino universal de los bienes, la legitimidad de la propiedad privada, pero, a la vez, su función social, el salario justo, el derecho a una vivienda. En definitiva, se esbozan los fundamentos de una economía al servicio de la persona.

Todo esto se dice al mismo tiempo que el subproducto del progreso sigue siendo la producción de numerosas víctimas, de tantas personas que van quedando al margen.

No obstante, la reflexión de la Iglesia y de muchos pensadores va dando lugar en nuestro entorno a una conciencia que va edificando el Estado social de derecho.

¿CÓMO NOS INTERROGA LA POBREZA? ¿QUÉ HACEMOS LOS CRISTIANOS?

Los pobres, protagonistas

Como hemos dicho al inicio, la pobreza es vergonzosa y carece de esperanza. Es un sumidero del que hay que escapar. Romantizar la

La Iglesia debe acompañar esas luchas de los pobres para salir de su situación y vivir con total dignidad. Pero –como recuerda Francisco– son ellos los protagonistas, y a ellos hay que apoyar y sostener mientras trazan su propio camino. “Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres, los excluidos, hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de ‘las tres T’ (Trabajo, Techo, Tierra) y también en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio” (Discurso del papa Francisco al II Encuentro de Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 18 de julio de 2015).

No dejó de destacar Francisco el protagonismo de los afectados y la dimensión política de su esfuerzo. A ellos les recordó las tres tareas fundamentales: poner la economía al servicio de los Pueblos, unir a los Pueblos en el camino de la paz y la justicia, y defender la Madre Tierra, “tal vez la tarea más importante que debemos asumir hoy”. No se puede luchar eficazmente contra la pobreza sin tener todo ello en cuenta en una sociedad globalizada, donde las causas de la desigualdad se tejen con la idolatría del dinero, la violencia como imposición y la falta de respeto por la naturaleza.

La dimensión política de la lucha contra la pobreza

En la ayuda de la Iglesia, que sin duda hace mucho por los empobrecidos, la tarea asistencial, sin dejar de ser necesaria, debería ir cambiando hacia una perspectiva más política y profética. Las emocionantes palabras de León XIV en el puerto de Arguineguín en defensa de los inmigrantes son un ejemplo magnífico porque, además de proclamar su dignidad, también exigen medidas sociales y políticas de toda clase, de los países de origen y de la Unión Europea.

Los cristianos: compromiso y coherencia

El reto principal es acercarse al pobre, conocer su situación, compartir con ellos. Si no tenemos un corazón de



LOS EMPOBRECIDOS NO PASAN DE MODA

» carne, cercano a los sufrimientos de los empobrecidos, caeremos en “un exceso de diagnóstico” sin ayuda eficaz. Pero también tenemos que analizar cómo están funcionando hoy las estructuras que están en el origen y reproducen la pobreza, para dar un horizonte social a nuestros esfuerzos personales.

Por coherencia, los cristianos hemos de traducir en nuestra vida lo que pedimos en general: lo que significa compromiso concreto. Por ejemplo, preguntarnos por el uso que hacemos de nuestro dinero y dedicar parte del mismo a colaborar con causas justas, hacer trabajo de voluntariado, cumplir y hacer cumplir con los impuestos escrupulosamente como método de redistribución de la riqueza, valorar lo público como parte del bien común a cuidar, promover el ahorro solidario y la cooperación con la banca ética, consumo limitado y responsable, no al desperdicio, conciencia ecológica, etc. También ayudar a que la Iglesia como institución haga un uso coherente y evangélico de sus bienes.

Porque ya no es tiempo de la ayuda individual al pobre que espera a la puerta de la iglesia los domingos. Es el momento de diseñar ayudas que sirvan de acicate, que impulsen a los necesitados a saltar los baches y continuar por su propio pie. Ni que decir tiene que se trata de seguir el principio de subsidiariedad: resolver situaciones cuando no las atienden otras instancias, o exigir que las instancias obligadas a hacerlo lo hagan.

He aquí algunos ejemplos:

- Engrosar el voluntariado de Cáritas y de las ONG con actividades especialmente necesarias localmente.

- Crear lugares para que los migrantes puedan aprender el idioma del entorno con métodos pedagógicos modernos. Especialmente las mujeres, que suelen quedarse en niveles inferiores a los de sus hijos.

- Convocar voluntarios/as que acompañen a los pacientes a las visitas al médico, sobre todo si los primeros/as no dominan el idioma, y especialmente a las mujeres (embarazos, etc.).

- Organizar puntos de enfermería próximos a las explotaciones agrarias, con objeto de evitar desplazamientos y pérdidas de jornadas (botiquines atendidos por titulados para la cura de heridas, inyecciones, tomas de tensión, control de la diabetes, intolerancias...).

- Becas o medias becas, para completar los tratamientos de dentista que no ofrece la Seguridad Social.

- Lugares administrativos, bien dotados, para enseñar el manejo de los medios informáticos.

- Equipos para cumplimentar los trámites ciudadanos necesarios.

- Cursos para aprender el manejo de los móviles.

- Asesoramiento laboral ante oportunidades de trabajo.

- Alojamiento para los beneficiados de ventajas penitenciarias que no tienen apoyo familiar.

- Especialistas para el tratamiento de drogadictos.

- Contacto con embajadas y consulados en el caso de extranjeros/as que precisan ayuda con los trámites.

Sugerencias que han de adaptarse a las características locales, sin perder de vista que, en la mayoría de los casos, ha de intensificarse el servicio a las mujeres porque ellas se orillan o la sociedad las orilla.

Sugerencias que, en democracia, pueden potenciarse recurriendo a los partidos políticos que más se impliquen electoralmente en la distribución de la riqueza, exigiéndoles después que cumplan sus promesas.

Desde el mundo profesional, también hacemos un llamamiento a retomar la toma de conciencia de nuestro papel como médicos, enseñantes, administradores, etc. Tratar con dignidad a estas personas, hacerlas sentir en su casa en los centros de salud, en las aulas y ante la Administración, concienciar a nuestros compañeros y a nuestros alumnos, si somos enseñantes, de que los tiempos de la justicia social y la esperanza para los pobres no deberían pasar de moda. •

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 135 € / UE: 195,52 € / OTROS PAÍSES: 188 € / 47 NÚMEROS AL AÑO

Tel: 914 226 240 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanuevadigital.com

Nombre y Apellidos:

Dirección: C.P.:

Población: Provincia: País:

CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.



C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tratamiento la ejecución del contrato. Asimismo, salvo que indique lo contrario marcando esta casilla ☐, da su consentimiento para el tratamiento por las entidades de grupo SM con la finalidad de enviarle comunicaciones de nuestros productos y servicios. Los datos, salvo obligación legal, no serán comunicados a otros terceros que no necesiten conocerlos para la gestión de la suscripción. Puede acceder, rectificar y suprimir los datos, y ejercitar otros derechos legales, dirigiéndose por escrito a nuestro Delegado de Protección de Datos. Para más información, consulte nuestra Política de Privacidad en <http://www.vidanuevadigital.com/politica-de-privacidad/>

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE CUENTA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

..... Banco o Caja:

Fecha: Firma: